



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El hombre Colón: protagonista del gran acontecimiento

Autor: Taviani, Paolo Emilio

Forma sugerida de citar: Taviani, P. E. (1990). El hombre Colón: protagonista del gran acontecimiento. *Cuadernos Americanos*, 3(21), 89-105.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año IV, Núm. 21, (mayo-junio de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL HOMBRE COLON: PROTAGONISTA DEL GRAN ACONTECIMIENTO

Por *Paolo Emilio* TAVIANI  
VICEPRESIDENTE DEL SENADO DE LA  
REPÚBLICA ITALIANA

NO HAY RETRATOS del auténtico Cristóbal Colón. Se conservan más de ochenta imágenes o retratos muy distintos entre sí, debido a que los artistas dieron rienda suelta a su propia fantasía, teniendo en cuenta en ocasiones las pocas, aunque esenciales, noticias que dejaron acerca de la persona física del genovés aquellos que le conocieron.

Dichas noticias son cuatro.

La primera es de su hijo don Fernando (o de quien utilizó su nombre). Don Fernando nació cuando Colón tenía 37 o 38 años. En las *Historias de la vida y de los hechos de Cristóbal Colón*, dice:

El Almirante fue un hombre bien formado y de estatura más que mediana, de rostro alargado, mejillas un tanto subidas, ni grueso ni delgado. Tenía la nariz aquilina y los ojos claros, la tez blanca y teñida por vivos colores. En su juventud tenía los cabellos rubios, pero al llegar a los treinta años encaneció por completo.

La segunda noticia es de fray Bartolomé de Las Casas, quien conoció personalmente a Colón en Santo Domingo en 1500, cuando éste tenía aproximadamente 50 años. En el capítulo II de su *Historia de las Indias*, dice:

Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal disposición, fue de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos.

Pasemos a Gonzalo Fernández de Oviedo, que en la *Historia*

*general y natural de las Indias*, describe a Cristóbal Colón, a quien conoció cuarentón, de la siguiente manera:

Hombre de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida e pecoso.

Recordemos, finalmente, el testimonio del veneciano Angelo Trevisan, canciller y secretario del embajador de Venecia en España, que probablemente vio al navegante genovés cuando éste tenía cincuenta años ya cumplidos: "Cristóbal Colón, genovés, hombre de elevada y noble estatura, colorado, de gran ingenio y rostro alargado". En su redacción original, a continuación de "elevada", el veneciano añade la palabra "procera", que en el italiano del siglo xv era sinónimo de alta, pero que también podía mantener su significado latino de noble o aristocrática.

Rostro alargado, mejillas un tanto subidas, ni grueso ni delgado (don Fernando), rostro alargado (Las Casas); rostro alargado (Trevisan). La frente alta y despejada imprime a la figura un aspecto aristocrático (Trevisan) y autoritario (Las Casas). La nariz, aquilina, tal como atestiguan don Fernando y Las Casas. Ojos claros (don Fernando), azules (Las Casas), vivaces (Oviedo), síntoma de gran ingenio (Oviedo y Trevisan) y de elocuencia y orgullo (Las Casas y de Barros).

Queda sin solucionar el problema de los colores, aunque sabemos algo seguro a propósito de ello, como que tuvo los cabellos canos a partir de los treinta años. Por lo tanto, don Fernando, Las Casas, Oviedo y Trevisan —los cuatro que refieren lo que vieron personalmente— conocieron a Colón cuando ya tenía los cabellos canos. Y esto explica por qué sus escritos no concuerdan cuando hablan del color que tenían en su juventud: rubios, según don Fernando y Las Casas, que escribe precisamente "rubios"; término que algunos escritores anglosajones han traducido por "red"; posiblemente influidos por Oviedo, quien habla de "cabellos muy rojos", y por el color del rostro, que todos atestiguan que tendía al rojo. Dario Guglielmo Martini dijo precisamente que tenía los pómulos rojos. En efecto, en las *Historias* de don Fernando se dice: "blanca y teñida por vivos colores"; Las Casas: "piel clara que tendía al rojo encendido"; Oviedo: "rostro rojizo y pecoso"; Trevisan: "colorado".

Nos inclinamos por la hipótesis de que en su juventud, los ca-

bellos de Colón se acercaban más al color rojo que al rubio, como dicen don Fernando y Las Casas, posiblemente por considerar el rubio más atractivo. Lo que sí es seguro es que ya en el primer viaje de descubrimiento (que inició a los cuarenta años) el marinero más famoso de todos los tiempos tenía los cabellos totalmente canos.

Mucho más importante que su aspecto exterior es la capacidad sensorial del gran descubridor. Tenía un excepcional sentido del olfato; es éste el dato más seguro acerca de su persona física. Todos sus escritos lo atestiguan. Cuantos le conocieron exaltaron sus extraordinarias cualidades olfativas y nos han transmitido testimonios acerca de su aguda sensibilidad por los perfumes, que alguien quiso interpretar como expresión de un carácter melindroso, cuando era, por el contrario, expresión de una facultad que poseía en medida desproporcionada en comparación con sus semejantes. Una facultad innata, que constituyó un componente fundamental y determinante de su sexto sentido, el sentido del mar.

También tenía muy desarrolladas las facultades sensoriales de la vista y del oído. Se arruinó la vista durante la travesía atlántica del tercer viaje (1498), tras transcurrir veintisiete tardes del mes de julio sobre cubierta, mirando fijamente el sol, para establecer el rumbo de oriente a occidente. Contrajo una oftalmía, pero no perdió las excepcionales e increíbles virtudes marineras, adquiridas siendo niño en los mares de Liguria y del Mediterráneo y luego perfeccionadas en el Atlántico.

Esto es todo, en lo que concierne a su figura física. Acerca del carácter, la psicología y cualidades morales, hay mucho más que decir.

Sobre estos temas, a lo largo de los cinco siglos transcurridos desde la extraordinaria aventura de Cristóbal Colón, se han escrito centenares, y tal vez millares, de ensayos y artículos, así como numerosas novelas, obras teatrales y óperas.

En el género literario, falto de escrúpulos en lo tocante a validez historiográfica, y de exclusiva inspiración poética, se destacan dos obras: *Le livre de Christophe Colomb* de Paul Claudel, y *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier.

Se trata de dos interpretaciones, en las cuales los datos históricos son exactos en determinadas ocasiones, pero que en muchas otras han sido distorsionados y perturbados y se mezclan con auténticas fantasías. A pesar de ello, su nivel artístico es incomparable, lo que las convierte en auténticas joyas de la literatura universal.

Ambas constituyen una antítesis perfecta: Colón escucha voces

como Santa Juana de Arco (Claudel); Colón es un mistificador, un inmoral, es ladrón y mujeriego (Carpentier). Dos interpretaciones artísticas que deben leerse sin preocuparse en absoluto del Colón real, ajeno a todo mito de exaltación o denigración.

En el terreno escrupulosa y rigurosamente historiográfico, Colón no fue un santo ni un político precavido.

La mala suerte, la maldad de sus enemigos o la envidia de quienes no podían soportar que un extranjero de humilde extracción hubiera alcanzado increíbles privilegios y los máximos honores, no bastan para justificar sus desgracias.

No fue un inepto ni tampoco ineficaz; pero le faltaron las dos principales dotes que ha de tener el político: la firmeza previsora en las decisiones y el agudo conocimiento de los hombres, premisa indispensable para llevar a cabo una prudente elección, llegado el momento de repartir cargos.

Ya se ha dicho que Colón era un hombre que pertenecía por completo a la Edad Media. Otros, por el contrario, reivindicaron su espíritu renacentista y escribieron que su espíritu era superior al del siglo en el cual vivió.

En realidad, debe colocársele entre dos épocas distintas. Su planteamiento teórico, así como su visión filosófica y teológica, e incluso las suposiciones de sus concepciones científicas son medievales; mientras que su espíritu investigador, su desarrollado amor por la naturaleza, su capacidad, llegado el momento, de enfrentarse con la explicación de los hechos y los fenómenos no observados ni explicados antes son renacentistas. Renacentistas —como ya hemos dicho ampliamente con anterioridad— su concepción y metodología económicas, típicamente mercantilistas y capitalistas: por lo menos hasta los confusos acontecimientos del tercer viaje a Santo Domingo.

En estos aspectos tuvo la psicología típica del hombre moderno, concreto y práctico hasta la cominería; sólo confiaba en la experiencia directa, que procuraba adquirir de todas las formas posibles. De ella partía para trazar sus propósitos; de ella brotó la concepción de su gran proyecto. Una psicología moderna, por lo tanto, de base medieval.

Lo mismo puede decirse acerca de su espíritu religioso. Aunque de formación medieval, Colón fue cristiano y católico en sentido moderno. Tuvo una fe fuerte, sincera, inagotable. Libre —en todo momento, a pesar de las dificultades y los peligros— de supersticiones o hipocresías.

Posiblemente fue fanático, integralista, diríamos actualmente; pero su fanatismo nunca le alejó de los principios válidos, en cualquier momento, en la *Weltanschauung* cristiana y católica.

Y nunca fue un clerical. No dudó en enfrentarse con curas, frailes y obispos, para defender el auténtico cristianismo; de la misma forma que encontró consuelo y amistad en algunos frailes y obispos con los que compartía una misma interpretación de los acontecimientos de la vida. Entre todos ellos, destaca, también en este terreno, el padre franciscano Antonio Marchena, que es sin duda —después de Colón— el principal protagonista de la aventura más importante de la historia de los descubrimientos.

Cuando se encontró frente al increíble misterio de un cuarto continente, se cuidó mucho de colocar —como hizo Dante Alighieri— lo trascendente (purgatorio) en lo immanente (hemisferio meridional). Recurrió a la idea del Paraíso terrenal, del cual incluso un escéptico como Américo Vespucio tuvo que admitir: "Si alguna vez ha existido, sin duda habrá sido en estos lugares".

Cuando corrió peligros sobrehumanos durante las tempestades, hizo promesas a la Virgen y a los Santos, como siempre han hecho los creyentes católicos, tanto los medievales como los renacentistas y los modernos, y como siguen todavía haciendo los contemporáneos.

Fue sobre todo devoto de la Virgen y de San Francisco. Conocía a la perfección el *Nuevo* y extensos fragmentos del *Antiguo Testamento*. Frente al peligro más terrible con que tuvo que enfrentarse en su dilatada aventura de amor y de guerra con el Océano, en el cuarto viaje Colón no recurre —como todos los estudiosos habían creído hasta hoy— al milagro de Jesús en el mar de Genesareth; recurre al principio fundamental de la Fe cristiana: reconociendo que no se podía hacer nada más dentro del orden de la Naturaleza, y que hacía falta apelar al socorro del Creador de la Naturaleza, al Verbo, lee los primeros versículos de San Juan: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo se hizo carne".

Finalmente, diremos que la continua búsqueda de oro y riquezas en Colón siempre tiende hacia un fin bien definido: la cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro. Por otra parte, este espíritu de cruzada ya no era el de la Edad Media. Era un espíritu nuevo, renovado a la luz de los efectos psicológicos de la caída de Constantinopla, que constituía con Roma la otra gran capital de la Cristiandad.

El espíritu de las cruzadas no significaba solamente el deseo de reconquistar los Santos Lugares. Significaba algo más: reunir lo que

estaba separado, volver a unificar el mundo, que había estado unido bajo el águila de Roma, y se había consolidado con la conversión cristiana. La Cristiandad había englobado a los bárbaros: a todos los germanos, a todos los eslavos e incluso a los vikingos y a los húngaros mongólicos. Pero había sido rota por el Islam.

La intención de someter sus proyectos al ideal religioso de una nueva cruzada, también tiene su raíces en Génova, donde la necesidad de una nueva cruzada se había puesto de manifiesto en la segunda mitad del siglo xv y se había perfeccionado en su contacto con la Península Ibérica; un contacto que se identifica con el encuentro entre cristianos liberados del yugo del Islam.

La concepción cristiana y católica del mundo constituyó el pilar esencial y primario de la personalidad de Colón, no habiendo contradicción entre esta afirmación y la también categórica de que no fue un santo. Para serlo no basta la fe, por inquebrantable que ésta sea; no bastan las pruebas de humildad, de resignación y, en ocasiones, aunque no a menudo, de generosidad. Existen otras de apego al dinero y a los privilegios, de recelo, casi de tacañería, de favoritismo en favor de parientes y familiares, de indiferencia frente a la terrible práctica de la esclavitud. Y sobre todo de orgullo; en los últimos años de su vida, la concepción mística que tenía de su propia persona y su misión, hizo que se considerara el hombre que pondría en marcha la tercera era, la del Espíritu Santo, profetizada por Joaquín de Fiore.

La "fe" de Colón era tan fuerte como floja y desigual su "caridad". Por ello no fue ni un gran ni un pequeño santo. Fue —y en gran manera— un convencido, profundo, tenaz *defensor fidei*.

Es falsa la imagen de un Colón aventurero. Sin embargo nunca rechazó, sino que buscó la aventura. La buscó a menudo e incluso podríamos decir que siempre la buscó. La buscó y la vivió con desprecio del peligro; con el ardor y la valentía propios de quien está convencido de sus propias virtudes y de que está protegido por el apoyo divino.

El primer viaje transatlántico fue sin duda una fabulosa aventura; pero ya lo habían sido, en cierto modo, su viaje juvenil a Quíos y los realizados a Islandia y a Guinea. Y también fue una aventura el tercer viaje, conscientemente llevado a cabo en el suplicio de las calmas ecuatoriales y el incesante y tórrido calor. Pero la más sorprendente de sus aventuras o, mejor aún, una maraña de sorprendentes aventuras, fue el cuarto viaje, emprendido —cuando su estrella ya había comenzado a declinar— con la precisa finalidad



de circunnavegar el globo y que terminó con dos naves roídas por las tiñuelas, encalladas durante todo un año en Santa Gloria de Jamaica, en la playa más abierta de todas las que pueden encontrarse en las innumerables costas del mundo.

Y no sólo aventuras marinas. ¿No fue acaso una aventura su huida de Portugal para pasar a España donde porfió durante siete años —sin darse jamás por vencido—, sostenido por la afanosa esperanza de realizar su gran proyecto? Y aventura fue la empresa terrestre llevada a cabo en la Vega Real, la fundación de Santo Tomás, en el centro de una tierra mucho más desconocida de cuanto lo había sido el Océano.

Toda la vida del genovés fue una aventura; unas veces alegre, otras triste y, otras más, tristísima aventura. Pero es definido como aventurero por quienes quieren disminuir sus méritos; por aquéllos que pretenden considerar sus éxitos como frutos de la suerte, o sea del azar.

En este sentido, Colón fue todo lo contrario de un aventurero. Es verdad que sus méritos dependen de sus éxitos, pero fueron la causa de los mismos y no su efecto.

Existe un dato, en primer lugar, que sólo puede negarse si se falsea la historia. El genio marinerero de Colón fue notable, verdaderamente excepcional. En varias ocasiones nos hemos extendido sobre hechos, episodios y juicios que comprueban y confirman ampliamente nuestra afirmación.

En primer lugar, el rumbo o, mejor dicho, los rumbos.

Colón no descubrió solamente América, descubrió el rumbo de ida y el de vuelta entre Europa y el Golfo de México. Mientras se siguió navegando a vela, los barcos que partían de los puertos españoles, portugueses, franceses e italianos con dirección a México, la desembocadura del Mississippi, cualquier isla del Caribe, Colombia o Venezuela, seguían el rumbo del primer viaje de descubrimiento. Y, a su regreso, navegaban al norte del Mar de los Sargazos, siguiendo el paralelo de las Azores. E incluso hoy, los que quieren cruzar a vela el Atlántico, escogen el rumbo del segundo viaje de Colón: el que lleva desde las Canarias hasta Guadalupe.

Ya hemos dicho que poseía en gran medida las dotes físicas del marinerero. Michele da Cuneo escribió:

Sólo con ver una nube o una estrella por la noche, señalaba lo que seguiría y si haría buen tiempo; era él quien mandaba y quien hacía de

timonel. Y después, cuando la tempestad pasaba, izaba las velas mientras los demás dormían.

Existe una prueba espectacular de sus dotes marineras. Durante el cuarto viaje, frente a las costas de Santo Domingo, se enteró de que treinta naves españolas se disponían a zarpar con rumbo a Europa llevando notables cargamentos de oro. Les mandó decir que retrasasen la partida, porque muy pronto estallaría una terrible tempestad. Sin embargo, ningún signo visible parecía confirmar el pronóstico de Colón. Ni el mar ni el cielo parecían amenazadores: en el momento de la partida el viento soplaba proppicio en dirección este. En Santo Domingo se rieron de las aprensiones del genovés y la impresionante escuadra zarpó. Antes de llegar al límite oriental de La Española el cielo se cubrió, el mar quedó en calma y se puso oscuro y el aire se volvió sofocante. Se anunciaba una tempestad, un auténtico huracán, pero ya no pudieron regresar porque no soplaba el viento. El huracán rompió los palos y dañó las quillas, destrozó cuanto había a bordo. La mayor parte de las embarcaciones se perdieron con sus tripulaciones y un enorme cargamento de oro: sólo cuatro naves consiguieron regresar, semihundidas, a Santo Domingo. Algunas otras consiguieron refugiarse, mal paradas, en las radas de la costa suroeste.

Sólo una nave, la más pequeña y más vieja, la Guecha, salió indemne y pudo continuar su viaje rumbo a España, ignorando la suerte de sus compañeras. En ella iba embarcado Alonso Sánchez de Carvajal, agente de Cristóbal Colón, que llevaba unos cuatro mil pesos en oro devueltos por Bobadilla a su legítimo propietario por orden expresa del Rey. Del mucho oro salido en dicha ocasión de Santo Domingo fue el único que llegó hasta España, donde fue regularmente entregado a don Diego, hijo de Colón. Al sorprendente hecho de que sólo el oro de Colón se hubiera salvado del huracán, se añadió otro no menos sorprendente: las cuatro naves del descubridor habían logrado salvarse, incluso la Santiago de Palos, que el Almirante se proponía cambiar.

¡Un extranjero orgulloso y además vidente, hechicero, capaz, por medio de artes mágicas, de producir un huracán que hunde las naves de sus enemigos y sólo respeta las que le interesan!

Es obvio que Cristóbal Colón no era hechicero y que sólo por casualidad la única nave que consiguió llegar a España fue precisamente la que llevaba su oro. Lo que no es obvio es que Cristóbal Colón intuyera que iba a producirse un huracán, un fenómeno com-

pletamente desconocido por el mundo antiguo y del cual el genovés tan sólo había tenido una experiencia siete años antes. De tal forma demostró, una vez más, que poseía unas dotes insuperadas de profundo conocedor del mar.

Entre los principales estudiosos de Colón, Thacher, HARRISSE, CADDEO, DE LOLLIS, REVELLI, MORISON, BALLESTEROS, BERETTA, CHARCOT, MADARIAGA y NUNN confirman plenamente el juicio de Las Casas: "En el arte de la navegación Cristóbal Colón superó a todos sus contemporáneos".

Acerca de ello, son muy raros los juicios discrepantes. El más drástico es el de VIGNAUD, cuyas experiencias náuticas, según parece, se limitaron a alguno que otro recorrido en los *bateaux-mouche* del Sena.

Un gran marino, el explorador francés Charcot, observa oportunamente que "para juzgar a un marino es mejor conocer un poco las cosas del mar"; y define a Colón del siguiente modo:

Un marino que tuvo "le sens marin", el don innato y misterioso de saber elegir el camino en medio del mar. . . Los perros siempre han ladrado y seguirán ladrando, pero las carabelas han pasado. La obra de Cristóbal Colón es tan grande que desconcierta hasta el entusiasmo.

El juicio más halagüeño que un gran marino podía darnos de uno de los marineros más grandes de todos los tiempos.

Colón también fue un gran geógrafo. Autodidacta, pero un sensible, agudo y genial geógrafo.

Entre los rasgos característicos del genovés, Humboldt señala la agudeza y la penetración con que supo captar y combinar entre sí los fenómenos del mundo exterior. Apenas llegado a un nuevo mundo y bajo un nuevo cielo, observó atentamente el aspecto de las tierras, el de las plantas, las costumbres de los animales, la distribución del calor y las variaciones del magnetismo terrestre. En su *Diario* y en sus notas habla de casi todos los temas que ocuparon a los científicos de la segunda mitad del siglo xv y todo el xvi. A pesar de carecer de sólidos conocimientos de historia natural, su instinto de observación se desarrolla de distintas formas, en contacto con los grandes fenómenos físicos. No era un erudito, fue en gran parte un autodidacta, pero, a pesar de ello, consiguió ser un gran geógrafo.

Y, sin embargo, es limitado considerar únicamente a Colón por su genio marinerero y geográfico.

Fue un auténtico genio.

Algunos críticos lo han definido como un presuntuoso: sólo con la presunción habría logrado la estimación y el afecto del padre Antonio Marchena y del padre Juan Pérez. No obstante, con la presunción no hubiera logrado tener tantos amigos, protectores, tanta gente que le apreciaba en la Corte española; no hubiera obtenido la comprensión, la confianza de la reina Isabel, una mujer de una inteligencia excepcional y de una rara virtud.

Sólo con la presunción no hubiera convencido a Martín Alonso Pinzón, astuto y experto capitán de Palos, el hombre que comparte el mérito y la gloria de la gran empresa, el hombre al que Colón debe el haber logrado enrolar gran parte de su tripulación.

Sólo con la presunción no hubiera logrado, en cualquier situación, incluso en las más difíciles y escabrosas, tener prestigio y ser respetado por sus marineros, por quienes siempre supo hacerse obedecer y respetar, incluso cuando la aventura de Santa Gloria acabó en tragedia.

El descubrimiento de Colón fue un mutuo descubrimiento porque los europeos, los asiáticos y los africanos conocieron la existencia de los americanos y los americanos la existencia del Mundo Antiguo; fue de proporciones superiores a las de cualquier otro descubrimiento o invento de la historia del hombre. A continuación, con el paso de los siglos, la medida de la importancia del mutuo descubrimiento de Cristóbal Colón se ha ido agigantando cada vez más, sea por el prodigioso desarrollo del continente americano, sea porque su descubrimiento dio lugar a otros muchos.

La magnitud de la obra que ha adquirido para la cultura grecorromana y cristiana, o sea para la cultura europea, el continente americano, supera indudablemente los viajes de Colón, que a pesar de los errores, los egoísmos, las violencias, no puede dejar de despertar admiración. Fue llevada a cabo, ante todo y sobre todo, por el pueblo español y, a continuación, por los portugueses, los franceses, los ingleses, los italianos, los irlandeses y, de uno u otro modo, por todos los pueblos de Europa.

Pero este reconocimiento no puede privar de su valor al punto inicial de la misma obra: el descubrimiento de Colón.

Sin embargo, casi cada año, se enciende y se renueva, tanto en la prensa americana como en la europea, la polémica acerca del valor del descubrimiento de Colón y acerca de su efectiva prioridad.

¿Quién fue el primero en llegar a América? ¿Es que nadie había

precedido al genovés en la ruta atlántica? ¿Acaso las naves vikingas no habían ya llegado a Groenlandia y Canadá?

Se trata de una polémica que no tiene ninguna justificación en el terreno científico.

En efecto, el problema no es de tipo deportivo, sino histórico. No se trata de establecer quién fue el primer europeo en pisar una playa del continente americano, sino quién fue el hombre que abrió los espacios del mundo.

Según parece, los primeros seres humanos llegaron al suelo americano a través del estrecho de Bering durante el paleolítico superior, hace veinte, veinticinco mil años. Cuando Cristóbal Colón desembarcó en la isla de San Salvador, del archipiélago de las Bahamas, del continente americano estaba poblado por varios millones de hombres, desde su extremo norte a su extremo sur. Su establecimiento en ella era de origen antiguo, puesto que grandes civilizaciones prosperaban desde hacía siglos en el extenso territorio, e incluso las había que ya habían desaparecido o estaban en vías de hacerlo.

Por lo tanto, las discusiones acerca de quién fue el primero en llegar a América son superficiales y poco científicas. No había llegado uno, sino millones y más millones de hombres; o eran descendientes, por lo menos, de las numerosas parejas llegadas a ella a lo largo de los milenios transcurridos antes de 1492.

La única cuestión seria consiste en determinar si algún navegante de nuestra civilización grecorromana y cristiana o de las civilizaciones del cercano Oriente llegó antes que Colón.

Eventuales y casuales contactos de algún otro europeo o de afroasiáticos con el Nuevo Mundo no dañarían y aun menos disminuirían el valor del descubrimiento de Colón. Como no lo dañan las empresas indudablemente memorables que constituyeron el perdido descubrimiento de los vikingos. En lo tocante a esto último, nos enfrentamos con datos históricos indiscutibles. Pero son precisamente estos datos los que nos aseguran que ninguno de los vikingos que arribó hasta las tierras nevadas del Labrador o hasta Nueva Escocia o Massachusetts, fue consciente de que se hallaba en un nuevo mundo, ni hizo que el mundo civilizado de aquel tiempo, la Cristiandad y Europa, tuviera conocimiento de ello. Como tampoco nadie de aquella parte del Antiguo Mundo que se asoma al Océano Pacífico y al Indico, nadie perteneciente a las civilizaciones orientales —la China y la India— sabía absolutamente nada de la existencia del Nuevo Mundo.

Las expediciones vikingas por el Atlántico noroccidental, a pesar de ser ciertamente memorables, no ejercieron ningún efecto de importancia sobre la historia de la humanidad. El continente americano siguió envuelto en el misterio.

El velo del misterio únicamente fue roto por el ingenio, la tenacidad y la fe de Cristóbal Colón, quien no fue el primer hombre en pisar tierra americana, puesto que cuando él llegó, millones y millones de hombres ya vivían en ella. Ni tampoco fue el primer europeo en desembarcar en ella, tanto si hay algo de verdad en el fondo de la leyenda y de las hipótesis que periódicamente encuentran algún crédito, como porque ha sido comprobado que en el siglo XI los vikingos tocaron las costas americanas.

Pero, en lo tocante a descubrimientos geográficos, la palabra "descubrir" no significa ser el primero en llegar; significa llegar y volver, referirlo a alguien que pueda repetir la experiencia del descubridor.

Por eso Colón —y sólo Colón— fue verdaderamente el descubridor de América. Inventó la idea y la llevó a cabo.

Fue el primero en proporcionar al mundo antiguo las dos grandes noticias reveladoras. Una había sido ya prevista por algunos científicos y aceptada por algunos marinos; pero nadie había tenido el valor de comprobarla: al otro lado del océano no había el abismo, había más tierra. Colón desembarcó en ella el 12 de octubre de 1492, fecha del inicio de una nueva era.

La otra noticia, fabulosa y hasta entonces únicamente fantástica, fue descubierta por Colón al llegar a la desembocadura de un río inmenso: el Orinoco. La noche del 15 de agosto de 1498 escribió en su diario de a bordo: "Creo que esto es un gran continente, desconocido hasta este momento". Y pocos años después escribiría: "Sus Altezas serán dueñas de estas tierras inmensas, que son otro mundo".

Otro mundo, nuevo mundo: sólo a raíz del descubrimiento de Colón, Europa, Asia y Africa tuvieron conocimiento de la existencia de un Nuevo Mundo. Y América tuvo conocimiento de la existencia de tres continentes. Fue un mutuo descubrimiento que cambió profundamente el curso de la historia humana.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Acerca de Génova en tiempos de Colón, su poderío colonial y comercial, su cultura, su escuela de geografía, cartografía y arte náutica, y su desarrollo económico mercantilista, véanse:

*Cristoforo Colombo nella Genova del suo tempo*, dirigido por Piero SANAVIO, Adriana MARTINELLI y Caterina PORCU SENNA, con una introducción de Paolo Emilio TAVIANI, Torino, 1985. Entre los ensayos contenidos en el libro deben destacarse por su profundidad y autoridad: Geo PISTARINO, "L'espansione commerciale"; Giovanna PETTI BALBI, "Genova tra Oriente e Occidente"; Ennio POLEGGI, "Il quadro urbanistico della città nel Quattrocento"; Gabriella AIRALDI, *La cultura del mercante*. En las pp. 341-366 del citado libro hay una extensa bibliografía de la cual destacamos en particular:

Vito VITALE, *Breviario della storia di Genova*, Genova, Società Ligure di Storia Patria, 1955.

T.O. DE NEGRI, *Storia di Genova*, Milano, 1974.

Roberto S. LOPEZ, *Su e giù per la storia di Genova*, Genova, Università di Genova. Istituto di Paleografia e Storia Medievale, 1975.

Geo PISTARINO, *Pagine sul Medioevo a Genova e in Liguria*, Genova, 1983.

Jacques HEERS, *Gènes au XV<sup>e</sup> siècle*, Paris, Sevpen, 1961.

G. FERRO, *Genova e la Liguria al tempo di Colombo*, vol. XI, della *Nuova Raccolta Colombiana*, Roma, 1988.

G. FERRO, *I luoghi di Colombo nel Vecchio Mondo*, Genova, 1988, pp. 7-40.

Acerca de la escuela cartográfica genovesa, véase:

A. MAGNAGHI, *Sulle origini del Portolano Normale nel Medio Evo e della cartografia dell'Europa Occidentale*, en AA.VV., *Memorie Geografiche*, Firenze, 1909, pp. 115-187.

Paolo REVELLI, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, Genova, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1937, vol. I, con 81 tablas cartográficas fuera del texto; vol. II con 20 tablas.

Roberto ALMAGIA, *Planisferi, Carte Nautiche e affini dal sec. XIV al XVII esistenti nella Biblioteca Apostolica Vaticana*, en *Monumenta Cartographica Vaticana*, Città del Vaticano, 1944, vol. I, pp. 13-16, tabb. IV-VIII.

Bacchisio Raimondo MOTZO, *Il Compasso da Navigare; Opera italiana della metà del secolo XIII*, Cagliari, Università di Cagliari, 1947.

Giuseppe CARACI, *Italiani e Catalani nella primitiva cartografia nautica medievale*, Roma, Ist. Sci. Geogr. dell'Univ., 1959, pp. 3-190.

Para una interpretación del temperamento y el carácter de las gentes de Liguria, *cf.*:

Paolo Emilio TAVIANI, "Che cosa è la Liguria", en *Terre di Liguria*, Roma, 1977, pp. 195-216.

La obra de P.E. TAVIANI, *Cristóbal Colón, génesis del gran descubrimiento*, está dedicada por completo al estudio del genio mariner de Colón y en particular al origen de su idea de "buscar Oriente navegando hacia Occidente". Con anterioridad, los estudiosos colombinos no habían profundizado acerca de este tema, ni podían hacerlo, puesto que faltaba una seria documentación geográfica, debido a lo difícil de las comunicaciones entre los lugares alejados. Véase, de todas formas:

George Emra NUNN, *The Geographical Conceptions of Columbus*, New York, American Geographical Society, 1924.

R. ALMAGIA, "Questioni colombiane", en *Colombo*, año I, n. 1, Roma, 1926, pp. 18-28.

Rinaldo CADDEO, *Appendice E* del vol. II de Fernando COLOMBO, *Historie di Cristoforo Colombo*, Milano, Alpes, 1931, p. 345.

Cesare DE LOLLIS, *Cristoforo Colombo nella leggenda e nella storia*, Milano-Roma, 1931, pp. 289-312.

Paolo REVELLI, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, Genova, Stabilimenti Italiani Arti grafiche, 1937, pp. 389-390.

Samuel Eliot MORISON, *Admiral of the Ocean Sea: A Life of Christopher Columbus*, Boston, Little, Brown and Co. 1983 (1a. ed. 1940), pp. 56-57.

Antonio BALLESTEROS BERETTA, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Barcelona-Buenos Aires, Salvat, 1945, vol. I, pp. 342 ss.

Ignazio Oreste BIGNARDELLI, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo mondo*, Torino, UTET, 1959, pp. 79-83.

Juan MANZANO MANZANO, *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida, 1485-1492*, Madrid, Cultura Hispánica, 1964, pp. 82-96.

Emiliano JOS PEREZ, *El plan y la génesis del descubrimiento colombiano*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1979-80.

Giuseppe CARACI, "Quando cominciò Colombo a scrivere le sue postille?", en *Scritti geografici in onore di Carmelo Colammonico*, Napoli, 1963, pp. 61 ss.

A propósito de este tema, es especialmente significativa la frase pronunciada por G. CARACI en el Convegno Internazionale di Studi Colombiani (Genova, 1951): "La lectura de los anticuados libros de cosmografía no tuvo importancia en el origen del proyecto de Colón. La verdad es que Colón tuvo



una 'fulguración' que fue madurando naturalmente en él a través de noticias, consideraciones y descubrimientos'', Cf. *Studi Colombiani*, vol. I, Genova, 1952, p. 82.

Sobre la figura física de Cristóbal Colón, véase:

Fernando COLOMBO, *Historie di Cristoforo Colombo*, Milano, Alpes, 1931, cap. III.

Bartolomé DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, México, FCE, 1951, libro I, cap. II.

Gonzalo Fernández DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, BAE, 1959, libro II, cap. II.

A. TREVISAN, *Libretto de tutta la navigatione (1504)*. Facsímil en Thacher, *op. cit.* II, 457.

Michele DA CUNEO, *Lettera a Gerolamo Annari*, en *Fonti italiane per la storia della scoperta del Nuovo Mondo*, reunidas por G. BERCHET, en *Raccolta Colombiana*, II parte, vol. I, p. 107.

B. DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, libro I, cap. III.

G.F. DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, libro I, cap. IV.

Alexander VON HUMBOLDT, *Kosmos*, 1a. ed. 1845-1858, ed. fr. Paris, 1866-1867, vol. II, pp. 60-64, 317-327.

Alexander VON HUMBOLDT, *Kritische Untersuchungen*, Berlin, Nicolai, 1852, vol. II, pp. 9-14.

E. GELCICH, "Columbus als Nautiker und als Seeman", en *Zeitschrift der Berliner Gesellschaft*, XX, Berlin, 1855, pp. 281-287;

José María ASENSIO, *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, Barcelona, Espasa y Cía, 1891, vol. II, pp. 627-632.

Henry HARRISSE, *Christophe Colomb devant l'histoire*, Paris, H. Welter, 1892;

Konrad KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerikas*, Berlin, W.H. Köhl, 1892, p. 267.

Clemens MARKHAM, *The Journal of Christopher Columbus during his First Voyage, 1492-1493*, London, Hakluyt, 1893.

E.A. DE ALBERTIS, *Le costruzioni navali e l'arte della navigazione al tempo di Cristoforo Colombo*, en *Raccolta Colombiana*, IV parte, vol. I.

John Boyd THACHER, *Christopher Columbus, his Life, his Work, his Remains*, New York, G. P. Putnam's sons, 1903, vol. I, pp. 163-186.

George Emra NUNN, *The Geographical Conceptions of Columbus*, cit., p. 53 y *passim*.

Jean Baptiste CHARCOT, *Christophe Colomb vu par un marin*. Paris, E. Flammarion, 1928, pp. 313-316.

Paolo REVELLI, *Cristoforo Colombo e la scuola cartografica genovese*, cit., pp. 389-390.

Richard HENNIG, *Columbus und seine Tat*, Bremen, 1940.

A. NUÑEZ JIMENEZ, *El Almirante en la tierra más hermosa*, Jerez de la Frontera, 1985, pp. 33-36.

S.E. MORISON, *Admiral of the Sea; A Life of Christopher Columbus*, cit.

A. BALLESTEROS BERETTA, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, cit., vol. II, pp. 762-767.

I.O. BIGNARDELLI, *Con le caravelle di Cristoforo Colombo alla scoperta del Nuovo Mondo*, cit., pp. 154-158.

Alexandre CIORANESCU, *Colón humanista. Estudios de humanismo atlántico*, Madrid, Prensa española, 1967.

Paolo Emilio TAVIANI, "Cristoforo Colombo e la tradizione marinara di Genova" *La Caravella*, Roma, 1972, pp. 1-18.

Ernie BRADFORD, *Christopher Columbus*, New York, Viking Press, 1973, pp. 212-215.

Felipe FERNANDEZ ARMESTO, *Columbus and the Conquest of the Impossible* Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1974, pp. 212-215.

Antonello GERBI, *La natura delle Indie Nove* Milano-Napoli, R. Ricciardi, 1975, pp. 15-29.

Giuliano GLIOZZI, *Adamo e il Nuovo Mondo*, Firenze, La Nuova Italia, 1977, pp. 272-282.

Aurelio TIO, "La luz en la tiniebras", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vol. V, n. 19, San Juan de Puerto Rico, 10. de enero 1978, pp. 13-34.

Aurelio TIO, "Incidentes oscuros sobre los viajes de Cristóbal Colón", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, 10. de enero de 1978, cit., pp. 41-246.

Aurelio TIO, "El Cruce de Mar Océano", en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, cit., 10. de enero 1984, pp. 189-224.

Alain MILHOU, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1983, pp. 39-102 y *passim*.

Geo PISTARINO, "Il Medio Evo in Cristoforo Colombo" en *Saggi e documenti del Civico Istituto Colombiano*, VI Genova, 1985, pp. 451-478.

Juan GIL, "Introducción" a *C. Colón, Textos y documentos completos*, edición de Consuelo VARELA, 2a. ed., Madrid, 1984, pp. IX-LXVIII.

Juan GIL, "Introducción" a *El libro de Marco Polo*, Madrid, 1986, pp. 15-107.

Luis WECKMANN MUÑOZ, "Cristoforo Colombo, navigatore mistico", en *Columbus* 92, (Genova), maggio 1986, pp. 16-18.

I. LUZZANA CARACI, "La cultura di Colombo", in *Atti del IV Convegno Int. di studi colombiani*, Genova, 1987, vol. II. pp. 209-228.

Paolo Emilio TAVIANI, "Cenni sulla figura di Colombo come risulta dal Giornale di bordo del primo viaggio", scheda LXXXIX nel vol. I della *Nuova Raccolta Colombiana*, Roma, 1988, tomo II, pp. 441-444.